

De los valores de Don Quijote o la razón de la *sinrazón*: una aproximación a la literatura cervantina desde la Axiología

Juana Lilia Delgado-Valdez
 Universidad Simón Bolívar
 Universidad Nacional Autónoma de México
 Universidad de las Américas-D.F.

Resumen

La Axiología es la disciplina filosófica que aborda el estudio de los valores, entendidos éstos como todo lo estimable, valioso y digno de ser honrado. Dentro de toda producción literaria, como es el caso de la obra cumbre de Cervantes, no sólo es factible el análisis de los elementos estéticos y lingüísticos, o bien, de los perfiles psicológicos de los personajes centrales, inmersos en un aparente estado de locura. Es por ello que la literatura es una poderosa herramienta que coadyuva en la función pedagógica, al presentar situaciones y conflictos que confrontan al lector a su propio entorno y contribuyen a su formación integral.

Palabras clave: Axiología, valores, locura, Cervantes.

Abstract

The Axiology is a philosophical discipline that undertakes the study of the values, which defines all that's considerable, valuable and honored for most of the people. Within all literature production, such as the most important work of Cervantes' literature, not only the analyses of the esthetic and linguistic elements is possible, or even the psychological profiles of the principal characters with a madness behavior. That's why literature is a powerful tool that helps the pedagogical function, showing situations and conflicts that confronts the reader to their own surroundings, and contribute to the integral education.

Key words: Axiology, values, madness, Cervantes.

Introducción

Esa dama errante a la que llaman *Locura*

A lo largo de la historia de la humanidad, numerosas son las referencias literarias que podemos encontrar acerca de la locura. Se tilda de loco a quienes creen vivir mundos alternos al *real*, bajo el amparo de su fantasía inagotable; no pocos han sucumbido al escrutinio médico en encierro psiquiátrico, apenas distinto del vivido en reclusión penitenciaria, e igualmente la matemática resulta insuficiente para calcular el número de personas cuya confusa sintomatología hacía suponer, incluso, cuadros de posesión demoniaca sin ser tales. Locura y razón van de la mano.

Imagen 1. *La nave de los locos* (fragmento) El Bosco, 1503-1504.



Fuente: Museo del Louvre, París. <http://www.louvre.fr>. Recuperado el 17 de marzo de 2011.

El arte no ha sido ajeno a estas representaciones, muchas de ellas realmente *dantescas*. En el cuadro de El Bosco (ver imagen 1) se representa una escena propia del Renacimiento, la *Nef des Fous* o la *Nave de los locos*, embarcaciones que navegaban por los ríos europeos con una tripulación bastante peculiar: leprosos, adictos, presidiarios y locos en una dudosa clasificación, pero con el elemento común de que eran comportamientos rechazados por las normas sociales establecidas. Los sujetos se concentraban a bordo de un barco y eran echados a su suerte a la mar cuando la sobrepoblación, la insalubridad y la evidente ignorancia para un diagnóstico preciso, en las principales ciudades europeas, hizo insostenible su cuidado.

El loco, desde entonces, fue confinado a una **existencia solitaria, cuanto más errante**. Víctimas de naufragios en la mayoría de las ocasiones, estas naves, también llamadas *Das Narrenschiff*, llevaban de un puerto a otro -en el mejor de los casos- a quienes se presumía que se encontraban *privados del juicio o del uso de la razón o bien, que carecían de capacidad de elección o de volición* (Tornero, 1991), dando inicio con ello a toda la sintomatología y clasificación médica –e incluso legal- de quienes son considerados inimputables.

Justamente, es esta **movilidad** característica de la locura la que nos permite comenzar nuestra disertación en torno a los valores de Don Quijote de la Mancha, el personaje principal de la obra cumbre de la literatura

cervantina, quien es un **caballero andante** que debía deambular “*por todas las cuatro partes del mundo*” (Cervantes, 2007, p. 41), prosiguiendo su camino “*sin llevar otro que aquél que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de sus aventuras*” (Cervantes, 2007, p. 35), y a quien suele tomarse como *loco* por causa de su afición a los libros de caballerías, pero que dentro de sí encierra toda una filosofía de la vida que no es posible, por mucho, calificar de insensatez... Acaso sea más juicioso que muchos de los que presumen cordura.

Desarrollo

Un acercamiento a Don Quijote

En la edición de Francisco Rico sobre el caballero andante, se explica que la primera edición vio la luz en Madrid en 1605 bajo el nombre de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* (ver imagen 2). Tal fue su acogida e incluso ante la publicación de otra versión apócrifa, que fue necesaria una continuación impresa en 1615. Su autor, Miguel de Cervantes Saavedra, participó en la batalla de Lepanto en 1571 militando en la compañía de Diego de Urbina, batalla que marcó el declive del poderío turco en el Mediterráneo y donde sufrió la mutilación parcial de su brazo izquierdo, con lo cual también pasó a la historia con el sobrenombre de *El Manco de Lepanto*.

Imagen 2. Portada de la Primera Edición de Don Quijote 1605.



Fuente: <http://www.cervantesvirtual.com>. Recuperado el 17 de marzo de 2011.

En el prólogo de su obra, Cervantes refiere que concibió el texto en la cárcel, durante las ocasiones en que estuvo privado de su libertad en 1592 y 1597. En una época en la que la novela española y francesa habían exprimido hasta el cansancio la **épica** hasta derivar en la variante de la **caballería**, el autor sintetiza su principal aportación al género defendiéndose ante las posibles críticas a su obra, señalando acertadamente que su texto es "*una invectiva contra los libros de caballerías*" (Cervantes, 2007, p. 13), es decir, una crítica severa y burlesca hacia libros como el *Amadís de Gaula*, entre muchos otros, que retomaban elementos de la novela picaresca como el *Lazarillo de Tormes* y los poemas épicos como el *Cantar del Mío Cid*, pero llevados a tal extremo de la fantasía que su valor literario ya resultaba cuestionable.

En *Don Quijote*, Cervantes plasma no sólo la lengua castellana de su época, sino también una jerga *pseudo-medieval* para parodiar el léxico de los textos caballerescos. Junto a ello y quizá sin habérselo propuesto, el autor hace en el Hidalgo un retrato de las costumbres y tradiciones de la época, de la que sobresale el uso constante de dichos y refranes, tanto en voz propia como en la de Sancho Panza, su escudero, que reflejan la inagotable creatividad y sabiduría popular, muchos de los cuales siguen siendo de uso común.

A pesar de su postura crítica hacia las novelas de caballerías, *sin mayor propósito que el divertir y deleitar*, Cervantes logra un texto con una complicada estructura que amalgama varios géneros literarios: textos de origen pastoril –églogas-, poesía –sonetos-, canciones, romances, drama, aventura, comedia, poemas épicos... También presenta recursos que son complejos para su época: por momentos se refiere a sí mismo y a su obra de manera impersonal; en otros, "juega" a ser el autor, editor, traductor y hasta comentarista de su propio texto.

Justamente el recurso de la pérdida del manuscrito original, encontrado y recuperado casi por casualidad, es también una parodia de los libros de caballerías, además de una medida precautoria por parte del mismo Cervantes cual si quisiera desembarazarse de las implicaciones del texto, en caso de tener algún problema con las autoridades civiles y eclesiásticas, toda vez que los libros de la época debían pasar por el escrutinio y privilegio real.

Tal creatividad queda manifiesta, además, porque desde el prólogo Cervantes se autodefine como el *pa-*

drastro de *Don Quijote*: atribuye al supuesto historiador moro Cide Hamete Benengeli la autoría real de la obra, posteriormente un morisco toledano le ayuda a traducir el texto una vez que logra recuperarlo y finalmente él mismo se aparece como una suerte de compilador, justificando además, los posibles errores del documento por causa de las varias versiones del mismo.

Martín de Riquer, en su *Aproximación al Quijote* (1971), señala que no hay en el texto una trama propiamente dicha, "*sino un constante sucederse de episodios, por lo general desvinculados el uno del otro, pero fuerte y hábilmente organizados alrededor del héroe*" (De Riquer, 1971, p. 43), pues contrario a lo que su título sugiere, no se trata sólo de la vida, obra y desventuras de Alonso Quijano transformado en el Hidalgo manchego, sino que éste, al mismo tiempo, es el hilo conductor sobre el cual se van tejiendo otras historias alternas.

Así, en la primera parte del texto conocimos las historias de Andrés y su amo; el ventero, su esposa y Maritones; Grisóstomo y Marcela; Cardenio y Luscinda; Fernando y Dorotea; Zoraida y Ruy Pérez de Viedma; Juan Pérez y Clara, Clara y Luis, así como Leandra y Vicente. En varias de éstas, el caballero andante viene a ser la parte mesurada y prudente, contrario a lo que piensan de él quienes le rodean.

Ahora bien, mientras que *Don Quijote* es el fiel ejemplo del hombre que es capaz de dar la vida por la defensa de sus ideales y el amor hacia su señora, su leal escudero Sancho Panza viene a ser la representación de la vida *real*, práctico y materialista, pero que lejos de ser su contraparte cómica, terminan siendo su complemento, de tal suerte que por momentos el mismo Sancho padece y sucumbe a los devaneos de su amo, aunque no deja de admirarle la firmeza de sus *disparatados* propósitos.

"Y del poco dormir y del mucho leer, se le secó el seso..."

Curiosa resulta la descripción física que hace Cervantes del Hidalgo manchego, a quien Sancho Panza llamó "*El Caballero de la Triste Figura*", pero no menos curiosas son las razones que esgrime para justificar su locura. Alto y desgarbado, "*frisaba la edad de nuestro Hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza...*" (Cervantes, 2007, p. 28) y tal vez, como apunta Rico, los rasgos de *Don Quijote* coincidían con el temperamento colérico y melancólico de la medicina antigua.

Si bien era poseedor de un humilde patrimonio y de una vida apacible al lado de su familia y amigos, su exacerbada afición por leer libros de caballerías (ver imagen 3) terminó por hacerle creer que "más necesidad tenía el mundo de caballeros andantes" y él se encargaría "que se resucitase la caballería andantesca" (Cervantes, 2007, p. 72).

Imagen 3. *El Quijote leyendo libros de caballerías.* Gustave Doré, 1863.



Fuente: Biblioteca Nacional de Madrid. www.bne.es/. Recuperado el 17 de marzo de 2011.

Con relación a lo anterior, de Riquer sintetiza la locura de Don Quijote a partir de dos principios fundamentales:

- A) Que todo cuanto había leído en aquellos fabulosos y disparatados libros de caballerías era verdad histórica y fiel narración de hechos que en realidad ocurrieron y de hazañas que llevaron a término auténticos caballeros de tiempo antiguo, y
- B) Que en su época (principios del siglo XVII) era posible resucitar la vida caballeresca de antaño en defensa de los ideales medievales de justicia y equidad.

Quienes le rodean –su sobrina, su ama de llaves, el barbero y hasta el cura- acusan a los libros de caballerías de provocar su personalidad trastornada. Los libros de caballerías debían confinarse a la hoguera, pues a su decir, eran “*herejes, cismáticos... mentiras llenas de devaneos y disparates, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolo vuestros segadores...*” (De Riquer, 1971, p. 46).

Situación por demás digna de mencionarse, pues la letra impresa, aun siendo de mala calidad, suele llevar dentro de sí cierta noción de *veracidad*, especialmente para aquellos sectores de la sociedad que no habían tenido la oportunidad de recibir un grado suficiente de alfabetización y que sólo disponían de la *palabra* como principio inobjetable de certeza y autoridad.

Pero llama la atención que en Alonso Quijano¹, la *locura* vista por muchos da paso a momentos de lucidez, plagados de consejos y máximas que dan lugar a una verdadera filosofía de la vida, como puede verse en sus palabras a la defensa de la libertad de Marcela, su disertación sobre las ventajas del Siglo de Oro o el prolijo discurso sobre las armas y las letras: “*fuera de las simplicidades que este buen Hidalgo dice tocantes a su locura, si se le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento*” (Cervantes, 2007, p. 309).

La locura de Don Quijote, empero, dista mucho de serlo. Si hemos de calificar como tal a la *permanente e irreversible ruptura con la realidad*, Alonso Quijano no presenta dicho síntoma, pues él *sí es consciente* de todo cuanto hace y asume como propias las reglas de caballería dentro de su *ideal* particular: ese mundo en el cual se respeta a la vida y se vive en armonía con la naturaleza; donde la palabra empeñada se cumple aún sin estar escrita; donde la mujer amada es merecedora de todo respeto. Por lo contrario, son los demás quienes, para la lógica de Don Quijote, se niegan a cumplir con *sus* reglas, de ahí que su *locura* sea transitoria y supeditada a determinados momentos y circunstancias.

¹ Quijana, Quijada, Quesada, Quijano... Numerosas son las referencias que se hacen al nombre *real* del Quijote. Pero al final de la segunda parte, se menciona la muerte de *Alonso Quijano, el Bueno*.

Don Quijote es, pues, “*un idealista de alma ardiente y un luchador activo en los caminos*” (Basave, 1959, p. 91). En su imaginación la realidad se transmuta; acaso él mismo la ajusta a su realidad de caballero andante y lo sensorial se hace a un lado para dar paso al mundo ideal.

Por eso nos obsequia con las más inverosímiles aventuras: los molinos de viento que él ve como gigantes de varios brazos (ver imagen 4); el rebaño de cabras que para él son dos ejércitos en combate; la noria cuyo ruido le hizo admitir –no sin algo de contradicción- que aún un Hidalgo puede sentir temor; la mágica medicina que a él beneficia pero a Sancho enferma, e incluso confundir vino derramado con la sangre que emana de sus heridas de batalla.

Las posadas son castillos, las campesinas son ilustres doncellas, sus desventuras se deben a las malas artes de algún hechicero celoso, lo cotidiano y vulgar se vuelve noble y distinguido dentro de su exaltada imaginación... Justamente en este rasgo encontramos una característica de la humanidad y buenos propósitos de Alonso Quijano, para quien su razón de ser era la transformación del mundo a su *mundo*, un mundo mejor, revalorando al género humano a partir del **amor** para defender a aquéllos a los que nadie defiende.

Por eso no podemos afirmar la locura de Don Quijote, sin tomar en cuenta que ésta tenía dentro de sí *el amor devoto como una aspiración superior*. Y no sólo el amor cortés, apacible, respetuoso y algo tímido de un Hidalgo hacia su dama, sino el amor en todo sentido y a todas las manifestaciones de vida, es decir, hacia Dios. Si Alonso Quijano perdió el juicio leyendo, luego la locura lo llevó al amor, puesto que al hacerse caballero, Don Quijote buscó además de sus armas y de su caballo, “*...una dama de quién enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma*”. (Cervantes, 2007, p. 33).

Salvador de Madariaga, en su *Guía del lector del Quijote* (1978), señala que el valor psicológico de la obra radica en que sus protagonistas sintetizan dos modos de ser propios de la conducta humana: el constante oscilar entre la realidad cruda y la fantasía idílica, representados por ambos personajes principales, de tal suerte que Don Quijote encuentra en Sancho una perfecta contraparte. Sancho cree en el Hidalgo, movido por la esperanza de la insula y las riquezas que le ha prometido; Don Quijote vuelca

su devoción en Dulcinea... a ambos los mueve la fe a pesar de las dudas de uno y la terquedad del otro y así, a base de fe, terminan por creer en la realidad que han creado.

Hacia una definición de Valor

Para referirnos a los valores presentes en Don Quijote es preciso abundar en la definición particular del término. En su texto *El ser y la esencia de los valores* (2009), Hortensia Cuéllar expresa que hablar de valores es un tema obligado en todas y cada una de las manifestaciones de la vida personal y social. Los valores trascienden la dimensión de lo material y se enraizan en lo espiritual, justifican la convivencia grupal e incluso dotan de sentido al arte, la ciencia y la tecnología.

Además resulta oportuno referirnos a la importancia de los valores, pues a últimas fechas, han sido un elemento recurrente en campañas mediáticas que pretenden la concientización ciudadana en aras de una mejor coexistencia en sociedad, pero que desafortunadamente no logran esclarecer del todo la extensión del término y en el mejor de los casos, acaban confundiendo el "valor" con la "virtud" o con adjetivos que son simples objetos de apreciación personal.

Menciona la autora que la confusión reposa no sólo en intentar comprender el concepto mismo que se encierra en el término "valor". De tratarse únicamente como las "cualidades de lo que se encuentra en cuestión", o bien, de ponderar la "específica valía en relación con las preferencias personales" (Cuéllar, 2009, p. 8), se estaría cerrando muy pronto el cerco en torno a la profusión y versatilidad de los alcances del vocablo.

Asimismo, lo "valioso" también entrañaría, de hecho, una posición contraria, el "contravalor"; por tanto, la discusión no sólo queda en el aspecto lingüístico por cuanto hace a la definición del término, sino que requiere de una disertación en el marco de la *Axiología*, la disciplina filosófica que aborda el estudio de los valores, que se definen como "todo lo estimable, valioso y digno de ser honrado" (López, 2005, p. 45).

Cuéllar comienza a definir el "valor" como aquello que **cualifica** nuestras acciones, tal y como se ha asentado en algunas tradiciones filosóficas modernas y contemporáneas. Acertadamente, distingue

la noción de "valor" a la del "bien", pues aunque suelen aparecer unidos, en primer instancia le encuentra un fundamento ontológico en cuanto al ser, de tal manera que resultará valioso "todo aquello que resulte cualitativamente bueno" (Cuéllar, 2009, p. 14), pero no sólo asociado con el aspecto material, pues si el *bien* implica *bienestar*, también es preciso comprenderlo dentro del parámetro del *bien trascendental*. Es así que realiza una revisión de los usos que se hacen ordinariamente del término: valor como la virtud del valiente (virtud moral); valor como precio utilitario, o bien, valor como la *cualidad* que hace *estimable* lo valioso.

Esta última acepción –el valor como cualidad– es la que más parece acercarse a su concepción desde la perspectiva de la axiología. Y es en este sentido donde encontramos el primer punto de acuerdo con lo expuesto por Ana Teresa López de Llergo en *Valores, valoraciones y virtudes* (2005), para quien el valor es "la perfección real o posible que se apoya en el ser y en la razón de ser" (López, 2005, p. 22), es decir, que nuevamente encontramos el fundamento ontológico, pues en el caso del texto de Cuéllar, vemos que su aportación en torno a los valores no se quedan en lo funcional sino en el valor que posee el ser humano *per se*, de tal manera que el hombre es valioso por el solo hecho de serlo, "es fin en sí mismo y no medio" (Cuéllar, 2009, p. 16), como sucede cuando se le considera solamente por sus posesiones materiales (valía económica o funcional), por su grado de afectividad (valía estimativa) o bien, hasta por su procedencia étnica (valía antropológica).

López de Llergo también se refiere al valor asociado con el *bien trascendental*. Pues ya una vez definido el valor como "perfección real o posible", los trascendentales (uno, verdadero y bueno) son definidos como la "perfección común a todo ente, objeto de las potencias espirituales" (López, 2005, p. 119), especialmente de la voluntad. En este sentido, **mientras que la inteligencia busca la verdad y se perfecciona con las virtudes, la voluntad tenderá a la búsqueda del bien y apetecerá los valores.**

Sostiene Cuéllar que los valores existen, *con algún tipo de existencia*, de ahí que se establezca la relación "ser, bien y valor" (Cuéllar, 2009, p. 22). Por su parte, López de Llergo no sólo fundamenta la existencia de los valores, sino además explica que éstos han sido definidos desde dos ámbitos: el sub-

jetivo y el objetivo. El primero de ellos determinado por el propio ser humano, quien *reconoce, crea o recrea* sus valores; en el segundo, que los valores surgen a partir de la *observación de la realidad* cotidiana. Pero en ambos, la autora previene de los riesgos que implicaría omitir el estudio de las humanidades en caso de que se polarizaran dichas posturas.

Cuéllar coincide con lo anterior, pues si bien es cierto que el hombre es creador de *algunos* valores, no lo es de todos (relativismo axiológico); la totalidad del universo axiológico no depende únicamente de la subjetividad humana, ya que los diversos órdenes de lo existente –como puede ser la naturaleza física- también poseen valores (Cuéllar, 2009, p. 24).

Dentro del universo axiológico y sus valores, queda contemplado todo cuanto existe: el ser humano, la naturaleza física, el campo de la cultura, la ciencia, el arte, la tecnología... López de Llergo menciona que el valor, en tanto perfección, *"merece nuestra estima, reconocimiento y agrado"* (López, 2005, p.34); por su parte, Cuéllar también refiere aspectos tales como lo útil, apetecible, amable o estimable al referirse al Valor (Cuéllar, 2009, p. 14), y si bien a su parecer implican un abordaje desde una perspectiva *ya no tan sustantiva*, también son caracteres axiológicos que denotan la peculiar diferenciación esencial que se da entre una sustancia y otra.

Ahora bien, se hace la distinción entre "Valor" y Virtud", toda vez que ésta es un *"hábito operativo bueno"* (López, 2005, p. 194); y en tanto tal, correspondiente a la segunda especie doble del accidente cualidad. **Todas las virtudes son valores, pero no todos los valores son virtudes.** Sirva para ello la comparación contenida en la tabla 1:

Tabla 1.

VIRTUD	VALOR
<ul style="list-style-type: none"> • Hábito operativo bueno [parte del valor que está en el terreno entitativo y se proyecta a lo operativo] • Cualidad estable de las potencias, que las dispone para obrar fácil, pronta y deleitablemente. • Cualidad difícilmente removible que perfecciona al ser y a la operación • La virtud es un "modo de actualizar la razón de ser". • La inteligencia busca la verdad y se perfecciona con las virtudes. 	<ul style="list-style-type: none"> • Perfección real o posible que se apoya en el ser y en la razón de ser. • Esta perfección merece nuestra estima, reconocimiento y agrado. • Los valores pertenecen a la orden de la intelectualidad. • La voluntad tiende a la búsqueda del bien y apetece los valores.

Fuente: Bouchéz Guzmán de Arcos, Raquel. *Seminario de Axiología*. Universidad Simón Bolívar. 2009.

Mientras que es posible clasificar a las virtudes en Intelectuales (entendimiento, ciencia, sabiduría, arte, prudencia), Morales (prudencia, justicia, fortaleza, templanza) y Teologales (fe, esperanza, caridad), los valores admiten, de acuerdo con López de Llergo, una clasificación aún mayor, sean de carácter objetivo o subjetivo, de naturaleza inanimada, animada, inmanente o trascendente.

Por lo anterior, es posible sostener que si bien existe una identificación entre ambos términos, éstos requieren de un abordaje particular. El valor, a fin de cuentas, representa un *plus* en algún sentido, sobre la entidad específica de lo denominado valioso y dependiendo del tipo de ser del que se trate, será entonces su valía. Por tanto, en los primera parte de Don Quijote distinguiremos algunos de los valores propuestos en el texto de López de Llergo.

Los valores en Don Quijote

Agustín Basave señala que los valores *"son cualidades que determinan a las cosas"* (Basave, 1959, p. 148). Luego entonces, podemos afirmar que Don Quijote no sólo es una obra literaria digna de admiración estética sino

también un texto con un fundamento pedagógico y un modelo ético-aspiracional. **Pedagógico**, ya que se trata, a fin de cuentas, de una enseñanza para la vida; **ético-aspiracional**, pues justamente hace referencia a esa condición inobjetable de lo *valioso* y a todo aquello cuanto se desee alcanzar, si con ello se logra la perfección del ser.

Desde el momento en que Alonso Quijano *pierde la cordura* hasta el término de la primera parte del texto, salta a la vista que la razón de ser de Don Quijote es ponerse al servicio del desposeído, y para ello dispone de la *fuerza de su brazo y de su valentía* para acometer *todo aquello que pueda hacer perfecto y famoso a un andante caballero*.

El valor, así entendido, guarda relación con la conservación del **honor** y la procuración del **bien**. Don Quijote tiene "valor", pues posee la "virtud del valiente" (Cuéllar, 2009, p. 12) y en tanto tal, hace uso de las virtudes morales: busca la justicia para *deshacer todo género de agravios*, ostenta su fortaleza –moral más que la física, desde luego- *aunque en ocasiones se ponga en ocasión de peligro*, demuestra su templanza en su proceder acomedido *si con eso su linaje cobrase nombre, fama y honor...* aunque a los ojos de los demás su actuar no sea del todo prudente, pues si bien no era el típico busca-pleitos sin razón, en la gran mayoría de las ocasiones sus aventuras no tuvieron el feliz desenlace que esperaba a pesar de sus buenas intenciones. Lo importante era no desfallecer en su empeño e intentarlo de nuevo cuantas veces fuera necesario.

Coincide con lo expuesto por López de Llergo, quien le define como "**El Valor de la colaboración solidaria**" (López, 2005, p.195), gracias al cual el ser busca su perfección tras ponerse con entera libertad al servicio de sus semejantes *para combatir a los malhechores, socorrer a los indigentes, e imponer la paz y la justicia*.

Don Quijote realza e idealiza la hermosura de la mujer amada. A sus ojos y por causa del *efluvio del amor*, una sencilla campesina se torna en la más linda de las princesas. Pero no sólo es capaz de embelesarse por la belleza física, sino también por la material, cuando transforma, en su imaginación alterada, a una rústica posada en un elegante castillo, a un flacucho jamelgo en un distinguido rocín, un molino de viento en un gigante o una grosera bacínica de peluquero en un yelmo de oro. Vemos entonces que el Hidalgo manchego posee "**El Valor estético**" (López, 2005, p.196), ya que aún y cuan-

do él mismo dista mucho de parecerse a la imagen caballeresca, dada su edad y fisonomía, no por ello deja de explicitar la belleza como cualidad.

El vínculo que establece con su escudero, Sancho Panza, es también motivo de reflexión, pues lejos de tratarse de la distante relación propia de un amo a su siervo, termina por consolidarse en una evidente amistad unida por la fe mutua. A pesar de las diferencias entre ambos (físicas, de linaje, etcétera) Sancho cree a fe ciega en Don Quijote y éste brinda atenciones al primero. Trátese pues, del "**Valor relacional espiritual**" (López, 2005, p.197), trascendente por cuanto a que ensalza cualidades tales como el honor y la estimación, que el Hidalgo hace patente a su escudero cuando le invita a sentarse con él durante la cena con los cabreros: *"quiero que te sientes a mi lado y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice: que todas las cosas iguala"* (Cervantes, 2007, p. 96).

La devoción de Don Quijote concuerda con "**El Valor religioso**" (López, 2005, p.197), por cuanto a que se relaciona a los seres espirituales entre sí y con el Ser Supremo, marcando dicha relación con el sentido de pertenencia. En este sentido, Basave critica el culto casi idolátrico que el Hidalgo manchego siente por su Dulcinea, al considerar que ese ideal ("*el más puro de sus amores*") (Basave, 1959, p. 149) le hace desviarse del auténtico objetivo que perseguía y le enturbia su actuar. Y aun cuando algún caminante le cuestiona por encomendarse primero a su dama en lugar que a Dios, Alonso-Quijote argumenta a su favor que *"no sólo vuelve a ella los ojos blanda y amorosamente"* antes de hacer uso de las armas, *"sin que por ello deje de encomendarse a Dios, que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el curso de la obra"* (Cervantes, 2007, p. 113).

Vemos en Don Quijote el "**Valor Trascendente**", que es definido por López de Llergo como *"aquél que beneficia a otros, por ejemplo, la enseñanza"* (López, 2005, p. 197). El Hidalgo manchego conmina a su vecino Sancho a que le acompañe en sus aventuras en calidad de escudero, prometiendo hacerlo merecedor del gobierno de una provincia. En primera instancia, sería fácil pensar que dicha oferta no fue más que una estrategia caballeresca para convencer al aldeano y éste, con toda certeza, se dejó llevar más por la ambición que por la fe.

Pero en la medida en que avanza la lectura, vemos que Don Quijote piensa sinceramente en el beneficio de su siervo y su familia cuando la oportunidad se los premia, no sólo con la ínsula prometida sino con ascenderlo en su nivel social y hacerle caballero si es preciso, incluso le recita pasajes de libros que Sancho ni remotamente leerá, pero con el genuino deseo de incrementar su preparación y experiencia; Sancho por su parte va dejando de lado la incredulidad inicial para dar paso a la fe en su señor, a pesar de que las evidencias dicen lo contrario y termina por creer sus devaneos o bien, justificarlos *por tratarse él de un rústico aldeano expuesto a los encantamientos de los hechiceros que no le permiten ver lo que su amo ve.*

Se hace presente el "**Valor del aprendizaje**" (López, 2005, p. 196) que es definido como aquél que hace posible la asimilación voluntaria de conocimientos y habilidades para mejorar. Esto podemos verlo en la afición a la lectura de Alonso Quijote, vista como una suerte de ejercicio auto-didacta, o bien, en la graciosa conducta de Sancho, quien no obstante su rusticidad, hace manifiesta su sabiduría natural y buen juicio, no sólo al pronunciar ingeniosos refranes casi sin esfuerzo, sino al acuñar jocosos vocablos, como el "baciyelmo", cuando su amo estaba convencido de que se trataba del casco de Mambrino y no una bacínica de peluquero, logrando así una genial integración de realismo y fantasía.

Vemos también el "**Valor Verdad**", que corresponde a lo que cada ente es de conformidad con su naturaleza (López, 2005, p. 197). Así, aunque a los ojos de los demás no es sino un pobre trastornado, Don Quijote está realmente convencido de que es un Hidalgo con el linaje de antaño y con la misión de resucitar el honor caballeresco. Siendo ésta su naturaleza, entonces todo su comportamiento resulta congruente con la misma: su indumentaria es motivo de extrañeza, pero él se siente el más digno de los caballeros, a pesar de la celada de cartón y el peto abollado; habla con el léxico y la parsimonia medieval aunque nadie le comprende; conserva la fidelidad a Dulcinea sin pensar que más de uno cuestiona la existencia de semejante beldad. Y Sancho le atiende solícito, cual debe tratarse a un caballero de semejante alcuernia.

En los últimos capítulos de la primera parte, vemos a un Don Quijote ciertamente diezmado por las penurias y los golpes, pero firme en sus propósitos. Sus amigos ya han ido a buscarlo y a base de

engaños logran atraparlo para llevarlo de vuelta a casa. Pero la empresa no es sencilla. Víctima de sus propias fantasías, el Hidalgo manchego asume por verdadera la encomienda de la supuesta princesa Micomicona, a pesar de los muchos esfuerzos de Sancho para hacerle ver que no es otra sino Dorotea disfrazada y que su conducta dista mucho de ser propia de una dama de tal linaje.

En medio de la empresa de cuidarla y ayudarla a recuperar su reino, conoce las historias de otras parejas, cuyo común denominador suele ser la belleza de la doncella, el arrojito del mancebo, el amor entre ambos y las desventuras para poderlo consumir. Don Quijote las atiende, pero más como espectador que como protagonista, toda vez que al final la obra se convierte en la sucesión de otras anécdotas además de la vida del Hidalgo.

Pero también encontramos **antivalores** según lo expuesto por López de Llergo, que en un momento dado y a guisa de su reiteración, no sólo desalientan la perfección del ser sino que terminan constituyéndose en hábitos malos, es decir, en vicios. De entre todas las injusticias a las que se enfrenta y pretende erradicar, el Hidalgo manchego desafía a la mentira y al deshonor de quienes deliberadamente no cumplen con la palabra empeñada, como sucede con el patrón de Andrés; a la obcecación del amante rechazado quien malgasta su vida en aras de un amor que nunca fue alentado, como Grisóstomo; a los pícaros que poco les importa pasar por las demás personas con tal de sacar provecho de ellas, como hace el ventero; a los ladrones como Ginés de Pasamonte que despojan de su patrimonio a sus semejantes sin agradecer los favores recibidos.

En este sentido, Don Quijote demuestra el verdadero perfil del caballero, el cual retoma y sintetiza Basave: "*un caballero es aquél que siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso, no soberbio, no arrogante, no murmurador y sobre todo caritativo...*" (Basave, 1959, p. 150). El Hidalgo manchego demuestra así la generosidad de su alma, su abnegación y desprendimiento, su deseo por hacer favor a sus semejantes y perseguir su ideal, que en pocas palabras, es el "**Valor bien**", siendo éste el beneficio que reporta la naturaleza de cada ente (López, 2005, p. 195), por parte de quien se hizo caballero para defender la justicia en el mundo, corrigiendo con su locura la falta de juicio de los hombres a la conquista de sus ideales.

Conclusión

La ética es la disciplina filosófica principalmente teórica y secundariamente práctica que estudia los actos humanos en cuanto relacionados con el fin último, eterno o trascendente del hombre; es decir, aborda el orden moral, lo agible, el obrar. No es difícil, entonces, asumir la relación que guarda con la Axiología, por cuanto a que en ambas se persigue la perfección del sujeto en función de la adopción y práctica de una serie de valores como principios rectores de la propia conducta, mismos que habrán de verse reflejados también dentro de toda relación social.

Basave señala que la dimensión más excelsa del hombre es el bien, al que denomina "*una noción inmediata, un trascendental, un objeto universal que todo ser busca para sí*" (Basave, 1959, p. 160). Bueno es lo que todos apetecen; justamente se apetece el bien porque perfecciona, y en tanto perfecciona es valioso, lo que inevitablemente nos lleva al terreno de la ética y el orden moral.

Entonces, podemos ver que Don Quijote actúa con apego y búsqueda de ese orden moral, él mismo se pone al servicio de los desposeídos, las viudas, los humildes. Busca el bien aunque los medios y las circunstancias no le sean propicios. El **bien** así logrado es el bien absoluto, útil y deleitable a la vez, pues la orden de la caballería para el Hidalgo manchego no es un fin, sino el medio para acceder a ese pretendido estado de bienaventuranza personal y social. Muchas son, entonces, las lecciones que nos deja Alonso-Quijote a manera de conclusión:

- En él se representa la valentía virtuosa -que no temeraria-, en la que cristaliza el ideal de equidad, de solidaridad y comedimiento. Es una enseñanza de vida que nos muestra cómo continuar a la defensa de los ideales buenos, aún a pesar de la incertidumbre e incredulidad de los demás.
- Nos demuestra que persigue la **justicia** (García, 2007, p. 21), por cuanto a que antepone la recta razón sobre el egoísmo y busca dar a cada cual lo que le pertenece conforme a su derecho. Cierto es que persigue el reconocimiento personal de sus andanzas y no podríamos dejar de reconocer que en ello va implícito algo de egoísmo. Mas no ambiciona riquezas materiales como Sancho y no le va mal el dormir al aire libre, sino que su reconocimiento va más hacia el orden *espiritual* si con ello consigue y conserva el amor de su dama.
- Es un ejemplo de creatividad y constancia, pues enfrenta sus obstáculos y sus carencias y los sustituye a base de ingenio. Aunque la celada de cartón no garantice mucha seguridad para el ataque, al menos demuestra la importancia de intentarlo antes de darse por vencido, el nunca decir "no puedo" sin revisar las alternativas posibles, pero nunca llevado al extremo de la fatuidad.
- Don Quijote es un hombre visionario, pues ve lo que los demás no ven, pero no con los *ojos del cuerpo* sino *con los del alma*. Es capaz de encontrar belleza donde no la hay, nobleza en la rusticidad, dignidad en la ignominia y determinación en la timidez.
- Demuestra lealtad no sólo hacia quienes le profesan su amistad desde antes, sino incluso hacia desconocidos, fortuitos acompañantes de aventuras que pudieran necesitar de su ayuda incondicional. En ello se muestra como un hombre ciertamente virtuoso, pues antepone la **fe** -y la fe sobre la humanidad en general- aún a costa de su propia vida.
- Habrá quien le juzgue por arriesgado, pero es, al mismo tiempo, un ejemplo de tenacidad, paciencia y perseverancia, apenas cercana a la **fortaleza** (García, 2007, p. 21), por cuanto hace a actuar con entereza y firmeza de carácter.
- La extrema fidelidad que le demuestra a Dulcinea, aún a pesar de su cercanía con otras mujeres expone, además, su **templanza** (García, 2007, p. 21), para ordenar sobre las pasiones de la concupiscencia. Su moderación es una característica inobjetable de su condición de caballero, pues a la mínima falta cometida ya no sería digno a los ojos de la mujer amada, quien es la razón de su actuar.
- Demuestra su amor y reconocimiento por la lectura y el conocimiento, pues con todo y que los libros que gustaba leer no eran apropiados o convenientes, es legítima su defensa al estudio autodidacta como una manera de preparación y perfección personal, no en vano su tristeza por la destrucción de su biblioteca.

- Indudable resulta además el valor estético de la obra, por cuanto representativa de la riqueza y usos del castellano, siendo ésta quizá la principal razón para comprender las dificultades que pasamos quienes actualmente nos solazamos con su lectura.
- Tal vez – y con justa razón- el punto negativo que podríamos comentar al respecto de Don Quijote redunde en su falta de **prudencia** (García, 2007, p. 21), misma que debiera señalar el justo medio y la recta razón en nuestro modo de actuar, para poder proceder con mesura. Alonso Quijano ya transformado en el Hidalgo manchego es todo menos circunspecto –habiéndolo sido antes-, pero si bien es cierto que no es sensato combatir contra un molino de viento o un rebaño de cabras, no olvidemos que Don Quijote no los veía como tal, de tal manera que no podríamos someter sus acciones al tamiz de la valoración ética, de la misma manera de aquél que, siendo consciente de sus actos, deliberadamente actúa con osadía.

“Paranoico” o quizá “esquizofrénico” sería la denominación clínica para una personalidad arrebatada y fantasiosa como la de Alonso Quijano. Pero si serlo implica la búsqueda y defensa de un mundo supremo en donde un hombre común aspira a su propia superación; si serlo es mostrarnos lo que la vida es y debe ser; si serlo es abrazar un ideal y poner la vida en ello... entonces sí, Alonso Quijano estaba rematadamente loco.

Por lo anterior, podemos finalizar afirmando que El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha es una **apología de amor**, de amor a la vida, aunque en ocasiones se prefiera estar loco, para no tener que enfrentar las calamidades del mundo real. ☺

Referencias

- Basave, A. (1959). *Filosofía del Quijote*. México: Espasa- Calpe S.A.
- Bouchéz, R. (2009). *Seminario de Axiología*. México: Universidad Simón Bolívar.
- Cervantes, M. (2007). *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Perú: Punto de lectura.
- Cuéllar, H. (2009). *El ser y la esencia de los valores*. México: Trillas.
- De Riquer, M. (1971). *Aproximación al Quijote*. España: Salvat.
- García, L. (2006). *Ética o Filosofía moral*. México: Trillas.
- García, L. (2007). *La inseguridad y la violencia: Estudio desde la Filosofía de la Eficacia*. México: UCIME.
- Gardeil, H.D. (1974). *Iniciación a la Filosofía de Santo Tomás de Aquino*. México: Tradición.
- López, A. T. (2005). *Valores, valoraciones y virtudes*. México: CECSA/Grupo Editorial Patria.
- Madariaga, S. (1978). *Guía del lector del Quijote*. Madrid: Espasa-Calpe S.A.
- Tornero, C. (1991). *Psicología Social, la Actitud del Hombre frente a la vida*. México: Porrúa.